

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 166

Valencia, 17 de Julio de 1937

María Carbonell, 2

CRÓNICA DEL MOMENTO

El único conservador que hubo en España

Mientras se luchaba, victoriosamente para nuestras armas, en el Sudoeste de Madrid, se inauguraba en la Exposición Internacional de París el Pabellón de España. La República no ha querido estar ausente de esa gran manifestación del trabajo humano. Se bate a la desesperada con la traición interior y la invasión extranjera, y al mismo tiempo busca y halla los elementos necesarios para figurar dignamente en el gran certamen pacífico de las demás naciones.

La ceremonia de la inauguración ha sido muy brillante. Y en ella pronunció un hábil, sentido y conmovedor discurso nuestro embajador don Angel Ossorio y Gallardo. Ese discurso, como había que esperarlo, no fué la peroración ritual, fría pieza de elocuencia diplomática, acostumbrada en tales ocasiones. España, sangrante, clavada en la cruz de su infortunio no merecido, trágica actualidad que asusta a las cancillerías y quita el sueño a los gobernantes responsables, no podía limitarse a las trivialidades que informan, de ordinario, tales actos. Y habló, por boca de su ilustre representante. Y dijo cosas que están muy bien...

Leyendo el discurso del Sr. Ossorio y Gallardo, me he preguntado qué habría sido de España si este hombre singular no hubiera estado solo en su empeño de abrir los ojos a la ciega clase conservadora de su país. Fué a las Cortes Constituyentes, monárquico sin rey, en una candidatura de «apoyo a la República», que tuvo más sufragios en Madrid que todas las derechas alfonsinas y carlistas. Y durante el Primer Bienio, realizó una labor parlamentaria, que todavía no le agradecieron bastante. Yo recuerdo sus intervenciones en las horas memorables de los grandes debates históricos, cargados de pasión, de intransigencia doctrinaria, de actitudes negativas, que respondían o parecían responder a sólidos convencimientos ideológicos. Su voz se alzaba lenta y sonora, convenciendo, explicando, haciendo posible la transacción, apaciguando el conflicto, poniendo de acuerdo los grupos rivales. Se le escuchaba siempre con atención suma y con respeto simpático. Tal vez algunos señores del Parlamento se impacientaban y sentían celos. Quizá algunos jabalíes más o menos auténticos le amenazaban con sus imaginarios colmillos. O algún payaso discutible intentaba piruetear en torno a sus razones graves. Pero la inmensa mayoría de los diputados le reconocían una autoridad moral que hacía más alta y firme su soledad política...

¡Ah! ¡Si don Angel Ossorio y Gallardo, conservador clarividente, católico sin fanatismos, hubiera sido oído de los que debían ser, y no eran, sus correligionarios, cuántos males se habría ahorrado nuestra infeliz nación!...

Pero no le comprendían. Y le odiaban. En las redacciones de «El Debate» y «A B C»—no digamos en la de «El Siglo Futuro»—su nombre causaba verdaderos ataques de epilepsia. Y me lo explico. Era la acusación. Y por lo mismo, también el remordimiento. Con sus dichos y sus hechos, probaba a diario que la República, régimen para todos, no amenazaba más que las seculares injusticias, los privilegios insostenibles, las desigualdades irritantes, y que una Derecha política y social inteligente podía acomodarse a ella y salvar, cediendo algo de de buen grado, la mayoría de sus bienes materiales

y morales. Aquella Cámara tan calumniada, donde se reunieron tantas inteligencias nobles, tantas conciencias rectas, tantas voluntades decididas, no sabía odiar. Tal vez fuera esa su más grave falta. Y como no sabía odiar, se contentaba, ingenua, con unas apariencias de capitulación. Magnánima, hubiera dejado salir de la rendida fortaleza de la monarquía, con todos los honores de la guerra, con armas y bagajes, a toda la numerosa guarnición que no había sabido defenderse y morir con honra...

Y el 10 de agosto fué el pago de su generosidad...

Sí. Ha sido una gran desgracia que no hayamos tenido, desde que la dictadura cedió el paso, la berengueriada, más que un conservador de primer orden. Nuestras obcecadas y absurdas derechas le volvieron la espalda y, al hacerlo, se condenaron al fracaso estéril y arrojaron a su patria al abismo de las luchas civiles y de la invasión exótica. No salió de sus filas un Roberto Peel, un Disraeli o siquiera un conde de Mun. Aprovecharon los restos inútiles del pasado que había que enterrar, los Goicoechea, los Calvo Sotelo, los Pradera y hasta los Martínez de Velasco y los Abilio Calderón. Y nos ofrecieron, como prodigio, como revelación magnífica, una hinchada medianía, un jovenzuelo de vulgares ambiciones, que auparon desafortadamente, a alturas de vértigo, la Necesidad y la Inconsciencia. Y pactaron, inmoralmente, con el lerrouxismo; es decir, con lo más viejo y podrido de la falsa demagogia criada a los pechos de Gobernación, caspica del republicanismo, lastre muerto que embarazaba las navegaciones del navío oficial, por los mares desconocidos de su peligroso ensayo.

Imaginad, lectores, que esas mismas derechas, desdeñando a los Gil Robles, Goicoechea y Pradera, hubiesen aprendido la lección que les daba, con paciencia ejemplar e infinita, don Angel Ossorio. La República se hubiera organizado en la paz de una fructuosa evolución y de una pacífica reforma. Transformada la propiedad agraria, reemplazada la latifundia por la democracia rural, elevados a propietarios un millón de colonos, la España campesina habría dejado de ser un infierno de rencores, miserias y odios. Y la España ciudadana, libertada de la pesadilla, hubiera podido dedicarse a la organización de su economía, más preburguesa que capitalista, pese a Asturias, Vizcaya y Cataluña.

Pero, no yale dejaron solo, sino que se volvieron contra él, le injuriaron, le persiguieron y le amenazaron la vida. Si el pronunciamiento le hubiera sorprendido en Zaragoza o Sevilla, Salamanca o Córdoba, le habrían sacrificado con crueles voluptuosidad y alegría salvaje.

Hoy, don Angel Ossorio y Gallardo, siguiendo la lógica trayectoria de sus ideas, reflejadas fielmente en su conducta política, sirve al Régimen donde éste cree que tiene necesidad de sus servicios. Ayer en Bélgica. Ahora en París. Es un admirable embajador de la pobre España sufriendo, cerca de las opulentas y tímidas democracias occidentales. El hombre y la misión se completan.

¡Pero qué pena, qué pena tan grande que, cuando era tiempo aún, este hombre no fuera comprendido y seguido de aquellos que, ciegos y sordos le aborrecían de muerte y consideraban un crimen que pretendiera salvarlos!...

FABIAN VIDAL

“PARA el olfato de Europa, Ale- mania huele mal”

Los sentimientos antialem-
nes en los Estados Unidos

(Carta al “Manchester Guardian”)

Señor:

En su edición del día 9, Lady Astor da la señal de alarma sobre el “profundo sentimiento anti-alemán” en los Estados Unidos, atribuyendo su formación a la propaganda judía y comunista. Yo creo que esta propaganda nada tiene que ver y que la causa inmediata de estos sentimientos es la conducta

de los mismos alemanes; por ejemplo, su indigno y prolongado ataque contra el Alcalde de Nueva York; su grosería en relación con la boda real holandesa, y su represalia cruel contra Almería.

Con estos actos, con la constante persecución racial y política, combinada con una actitud despreciativa, ¿es extraño que, como nación, Alemania no sea apreciada por un pueblo que ama, todavía la libertad, y que ha ofrecido hospitalidad a muchas de las más sobresalientes víctimas de la brutalidad alemana? O, para decirlo más suavemente, ¿de quién es la culpa si para “el olfato de Europa, Alemania huele mal”?

De usted, etc., MARY STOCKS.

(“The Manchester Guardian”.—12-7-37.)

El ministro de Méjico en Montevideo se hace cargo de la Legación de España

Montevideo 15. 10 noche.—El ministro de Relaciones Exteriores reconoció al ministro de Méjico, doctor Luis Padilla Nervo, como representante de los intereses de España en el Uruguay, poniéndole en posesión de la Legación y Consulado de España.

Para realizar este hecho, el Gobierno se incautó, por intermedio de la Policía, de los respectivos edificios de la Legación y Consulado, violentando sus puertas para expulsar a los facciosos que tan indebidamente los ocupaban, usufructuando los bienes, automóviles y enseres en provecho personal desde el criminal levantamiento del traidor Franco y sus secuaces contra la República.

La colonia española ha recibido con general satisfacción la grata nueva, honrándose en verse representada por el noble país hermano que tan gallarda y valientemente ha apoyado al pueblo y Gobierno de España, en defensa de la libertad y la independencia.

(De «El Mercantil Valenciano».—16-VII-37.)

La guerra civil de España y la Religión

Todas las propagandas de los partidarios de Franco han puesto a la Religión en la primera línea de la batalla que se está librando entre la España gubernamental y la España Fascista. Ya esto es un poco extraño: que una cosa tan santa y tan divina, de amor y de paz, como la Religión, se convierta en un artículo de mercancía guerrera, y se la enarbole como una bandera de odios y de exterminios, y se la emplee para matar hombres y destruir ciudades, y se la mezcle con tantos horrores, con tantos crímenes, con tantas mentiras, con tanta barbarie y con tanta iniquidad, y se quiera justificarlo todo y hacerlo pasar por bueno y hasta por meritorio, y por grande, y por glorioso y digno del aplauso y la admiración y la gratitud de la humanidad, de esta manera.

Pero no lo es menos el que se verifique la singular coincidencia de que a un lado estén los ricos y al otro lado estén los pobres, de que a un lado estén unas clases sociales, y al otro lado estén los partidarios de unas formas determinadas de gobierno y de organización del Estado, y al otro lado estén los partidarios de otras formas y organizaciones muy distintas; que a un lado, al lado de la Religión católica, se hallen tropas sometidas a autoridades anticristianas y tropas sarracenas y aparezcan muchos hombres que no creen en nada, y que jamás acuden

a los templos, y que siempre han hecho alardes de ideas muy opuestas, y que al otro lado haya personas, en mucho mayor número del que se quiere hacer ver, que son de firmes y probadas convicciones religiosas, y, sin embargo, reprueban esta guerra tan terrible y tan brutal y no están con los que la han desencadenado y la llevan por métodos y caminos de tanto espanto, de tanto impudor y de tantas abominaciones.

Estas coincidencias iluminan el problema con esplendorosos rayos de luz, que hacen ver aun a los más ciegos que ahí en ese campo, no todo es Religión, ni por ella harían numerosas gentes lo que hacen, ni les importa de ella tanto como de otras cosas.

J. GARCIA GALLEG0

Ex diputado católico de las Cortes Constituyentes.

En tercera plana:

Cómo trata el Gobierno de la República a los prisioneros de guerra

DESDE SEVILLA A VALENCIA

Han llegado a Valencia dos evadidos del campo fascioso.

Desde Sevilla, un matrimonio joven, y ahora feliz, ha conseguido llegar a tierra republicana, dando ejemplo que es decir tanto como de repulsión que es decir tanto como de repulsión hacia el sistema corporativo.

No hemos llevado cuestionario alguno, dejando a nuestros comunicantes en libertad de expresarse de acuerdo con su propio orden de ideas.

Pero fuerza ha debido ser que empezáramos preguntando:

—¿Hay trabajo en Sevilla para la masa obrera?

La respuesta, desconsoladora, nos hace pensar en los millares de familias proletarias, cuya vida ha llegado a ser todavía más difícil, todavía más dura bajo el régimen fascista.

El fascismo no cumple su programa, no ha convertido en realidades sus promesas, y por ello el obrero sevillano siente cada vez con mayor indignación un profundo desprecio por el régimen fascista.

Los obreros cobran solamente la mitad del jornal, quedando el resto como donativo para gastos de guerra, aunque no tenga tal intención el donante.

Otro problema, no menos interesante, es el de la vivienda, cuya solución va aparejada con la del anterior.

Para resolverlo se ideó una suscripción, desde luego obligatoria, para emprender la construcción de casas baratas. Contribuyen los obreros con un jornal semanal, los empleados con el diez por ciento de su sueldo mensual, y los demás ciudadanos con una cuota cuya cuantía señala el propio Queipo.

Como las casas construidas hasta ahora son insuficientes, y su valor no cubre ni la décima parte de lo que se lleva recaudado, la impresión general es tan desfavorable para los dirigentes que nadie, en Sevilla, es capaz de justificarlas.

Hemos mencionado a Queipo, y una risa franca de nuestros comunicantes nos obliga a interrogarles la causa de ello.

Hace poco más de un mes se pusieron a la venta en todas las tiendas, comercios, e incluso tenderetes en la vía pública, unas fotografías del ex general, con tanta unanimidad, que inmediatamente se percibió que se hacía de orden del mismo. Pues bien; la venta de la «fotografía oficial», así designada—con el fin de evitar falsificaciones, sin duda alguna—, es objeto de un continuado abuso, pues los falangistas han organizado incluso el detalle de la colocación a domicilio, dando así las máximas facilidades para que todo ciudadano pueda poseer en casa el retrato del traidor.

Sevilla entera odia a los falangistas, cuya completa irresponsabilidad les permite realizar continuados desmanes, sin sanción o reprensión alguna. Y en las grandes huchas colocadas en las esquinas de las calles más importantes con sendos letreros que dicen «Ayuda a Falange», sólo aparecen papeles conteniendo frases nada halagadoras para los fascistas. Queipo, etc.

Otro personaje, cuyo encumbramiento rápido hace que comparta con el nombrado ex general la impopularidad es Bohorquez, hoy coronel auditor, ascendido a tal puesto de una forma incomprensible.

Bohorquez preside las reuniones, asambleas de carácter social, pretendiendo merecer tanta atención del pueblo sevillano como Queipo.

Nuestro amigo tuvo ocasión de saber cuán fundadas son las antipatías que el pueblo siente hacia este otro cómico personaje.

Presidió el tal Bohorquez una reunión de hacendados corcheros extremeños con el fin de impulsar la explotación para poder pagar así en parte la ayuda italiana, y en ella se acordó que el corcho se arrancaría inmediatamente de los alcornoques

y se pagaría de 20 a 40 pesetas los 100 kilos.

Al objetársele que ello no era remunerador porque los jornales eran caros, Bohorquez respondió que estaba previsto, que ya habían «pasado a la Historia las exigencias de los obreros», y que éstos ganarían 5 pesetas, 4 los mulos y 3 los burros, entendiéndose que el que llevara un mulo cobraría 9 pesetas y el que llevara un burro 8, escala de jornales que seguramente a los reunidos les parecería bien, pero no así a los trabajadores.

Alguien objetó que para sacar más rápidamente el corcho no era lo más favorable el estado de las carreteras, pero Bohorquez contestó que había diez mil presidiarios que levantarían carreteras y puentes.

Finalmente, apuntóse por otro lado la posibilidad de no hallar suficientes hombres para realizar el trabajo, asegurando el que presidía que vendrían diez mil portugueses para efectuarlo.

Como se puede ver, con el régimen fascista no caben problemas ni dificultades algunas.

Como era de esperar, han sido tantos los atropellos cometidos—incluso con las gentes adineradas—que hoy los elementos de izquierda han aumentado desde el 18 de julio un 70 por 100. Los mayores propagandistas del antifascismo son las mujeres, y éstas han emprendido espontáneamente tal tarea a la vista de los desmanes que han presenciado.

El propio Queipo, que no ignora su impopularidad, el odio que su nombre despierta en todo español, no se atreve a ir por la calle. Se le ha visto de una manera fugaz, hundiéndose en su automóvil a 70 por hora, sin seguir nunca el mismo camino; tanto es el miedo que tiene.

Es rigurosamente cierto que va a dormir a la Casa Cuna, al Hospicio, al palacio de la ex marquesa de Llanduri...

Parecida indignación despertóse en el pueblo sevillano a raíz de los desembarcos de fuerzas extranjeras durante los meses de febrero y marzo.

Por las calles de Sevilla desfilaron regimientos enteros de infantería, motorizados, artilleros y tanques. Por cierto que los contingentes italianos acusaron su calidad de ejército regular, desfilando con sus banderas y bandas de música en un alarde de cínico desdoro.

Las fuerzas alemanas no tuvieron —tal vez por su origen nórdico— igual desfachatez al desfilar.

Y esto sucedía precisamente al mismo tiempo que los generales rebeldes proclamaban desde las emisoras fascistas que no había en las filas insurrectas más que soldados españoles.

La represión durísima cuyos dolorosos efectos han sufrido los elementos republicanos y las masas obreras continúa, en la ciudad del Betis.

Diariamente son ejecutados decenas de detenidos, a los cuales se coloca de cara a las tapias del Cementerio, bastando un tiro en la nuca para la ejecución.

Este procedimiento lo reputan los falangistas más humano que el del pelotón, ya que anteriormente había que dar a muchos el tiro de gracia.

La cruzada contra los rojos ha sido aceptada con tal crueldad por los falangistas de ambos sexos, que causa sincero horror y repulsión conversar con gente de tan inhumanos instintos y depravados sentimientos.

Una frase, solamente, servirá para confirmar lo antedicho. Con ella pretenden justificar los atropellos y fusilamientos de familiares de gentes de izquierda, cuyos parientes pretenden averiguar: «Hay que exterminar hasta las raíces».

Mientras tanto, los anacionalistas siguen importando moros—en su mayoría jóvenes de 15 a 20 años—que llegan sin armamento, conducidos por barbudos santones que se ayudan para mantener su autoridad de

la pistola y el látigo que llevan consigo.

Sin embargo, a pesar de la llegada de refuerzos, la desmoralización en los cuarteles es enorme.

La disciplina militar ya no se impone hoy, porque no puede ser impuesta; los oficiales ya no mandan, han perdido su autoridad, y cuando se dirigen a los soldados ruegan.

La descomposición en el campo fascista sigue en aumento. Se mantiene creciente la rivalidad entre las fuerzas extranjeras y las nacionales. En los cuarteles la guardia está montada por fuerzas iguales de ambas partes y en los centros oficiales está confiada exclusivamente a Falange y Requetés, porque tampoco pueden fiarse del ejército.

Otro signo de descomposición. La vida nocturna en Sevilla ha adquirido caracteres de verdadero desenfreno, dándose unos espectáculos repugnantes, que el pueblo presencia con indignación contenida.

Incluso hasta entre las gentes adineradas se siente repulsión hacia el régimen fascista, pues la condición de elemento de derechas y aun reaccionario, no les exime de pagar fuertes contribuciones de guerra, que con el carácter de multas, fundadas en motivos pueriles o inexistentes, sirven para desvalijar impunemente a los hacendados e industriales importantes.

Los falangistas recurren, incluso, a marchar de mercado en mercado cambiando las monedas de plata por billetes del Gobierno de Burgos.

Continuamente se organizan espectáculos con carácter benéfico, cuyos productos dicen destinar a Falange, Cruz Roja, etc. Las corridas de toros son, naturalmente, las más explotadas.

Además, hay abiertas suscripciones permanentes para iguales fines, así como para la construcción del nuevo acorazado «España».

Cualquier atraco—que a tanto equivalen las donaciones obtenidas por procedimientos coactivos—aparece en la Prensa como un gesto patriótico y espontáneo del expoliado. Incluso se ha proclamado que las Vírgenes sevillanas, cuya veneración por parte del pueblo ha permitido que tuvieran un tesoro valiosísimo, habían hecho donación de sus joyas para sus soldados tos españoles.

En Huelva no es mejor la situación. En la cuenca minera la explotación quedó prácticamente interrumpida y llegado el momento de partir algunos buques españoles con cargamento de pirita debieron permanecer amarrados por indicación de los representantes ingleses, cuya concesión de explotación recuerdan dos buques de guerra, permanentemente fondeados frente a los embarcaderos de mineral.

Sin embargo, la mayoría de las riquezas que había en Andalucía han sido exportadas a Italia en pago a su ayuda. Naranjas, corcho, aceite, aceitunas, vino, embutidos, todo cuanto creyeron conveniente fué transportado al país del fascio durante varios meses.

La depravación moral que el régimen nacionalista ha impuesto en la zona por él dominada, se refleja en el hecho de celebrar el día en que se proclamó el reconocimiento del Gobierno de Burgos por los de Italia y Alemania. Otro tanto sucedió el día de la toma de Toledo, Málaga y el del bombardeo de Almería, en que se llegó hasta marchar en manifestación hacia los locales de los representantes de los dos países fascistas, para demostrarles el agradecimiento de la España nacionalista.

Contra todo esto, los elementos de izquierda, reducidos a la impotencia, poco pueden oponer. A lo sumo les queda el júbilo de la llegada de nuestros aviones de bombardeo, que —como es lógico—han de celebrar a puerta cerrada.

Uno de los bombardeos provocó la explosión del pabellón del aceite en lo que fué Exposición Ibero-Americana y que estaba destinado para la carga de las bombas con trilita,

Fué espantosa y ocasionó varios centenares entre muertos y heridos. Tablada, el puerto, los depósitos de Campsa, las fábricas de material de guerra, los almacenes y talleres de reparación de automóviles situados en el sector Sur de la Exposición han sido los objetivos buscados y logrados por nuestros aviadores.

La población civil sufre estoicamente los efectos de la guerra. Una mala e incompleta alimentación puede alcanzarse por medio de los comedores públicos que pagan todos los ciudadanos y en los que se entrega una verdadera bazofia.

Sin embargo, y a pesar de la extrema censura que existe para todas las noticias que puedan afectar la moral de la retaguardia, empiezan a flaquear los ánimos de los rebeldes e incluso los falangistas hace ya tiempo que conocen su fracaso, y sus únicas esperanzas están depositadas en el apoyo de italianos y alemanes. Estos últimos, menores en número, están mejor considerados por su carácter técnico, dirigen las fábricas de material de guerra. Muchos son artilleros y, sobre todo, hay aviadores. Es rigurosamente cierto que a defensa antiáerea de Sevilla está confiada a los tales técnicos alemanes.

Ultimamente, la disposición del Gobierno de Burgos imponiendo por decreto la unificación de falangistas y requetés, creando el uniforme único a base de boina de requeté, cami-

sa azul de Falange y pantalón kaki, y de imponer el nuevo escudo, a base de los de Falange y Requeté, ha creado un descontento enorme en ambos sectores, y en lugar de fomentar la unión, ha contribuido a aumentar las divergencias. Ha sido, por tanto, un verdadero fracaso político.

De la españolidad que posee el tal Queipo podrá servir como referencia el siguiente detalle, voceado repetidamente por el mismo y con el cual demuestra cuán servil es.

A raíz de los excesos cometidos en la población civil por parte de los invasores, una oleada de indignación se levantó, teniendo conocimiento de ella el propio Queipo. Pues bien; su argumentación—dechado de cinismo y procacidad—que escandalizó justamente a la población civil, sirvió para afirmar la depravación moral del alcohólico locutor.

Afirmó que las Vírgenes nacionales se ofrecían en holocausto a los salvadores de la Patria. Dicho así, sin metáfora alguna, pretendía presentar como acto voluntario lo que no era sino un abuso de fuerza y autoridad consentida, por ser impotente para oponerse a tales atropellos.

Y fundándose en el hecho cierto de un alegre maridaje de algunas «señoritas» sevillanas—desde luego falangistas—con oficiales italianos y alemanes (hecho que produjo el natural escándalo entre las gentes que todavía no han perdido el sentimiento de la moralidad), afirmó el tal Queipo que éste «sería uno de los medios de depurar la raza».

Claro que no se puede esperar otra cosa de quien fué a su Patria siete veces traidor, y llega en su deplorable manía discursadora a anunciar desde la emisora sevillana que al siguiente día su charla «será sólo para hombres».

Esto es, a grandes rasgos, lo más saliente que recordamos de nuestra conversación con esta pareja de evadidos y matrimonio republicano que está en Valencia. Sólo nos interesa hacer constar el ruego que nos transmiten de demostrar su público agradecimiento a cuantos colaboraron en su evasión.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este Boletín

La decidida ayuda de Méjico a la causa de España republicana

Una vez más, pide que se aplique el pacto de la Sociedad de Naciones

En un informe de la Secretaría de Relaciones Exteriores de Méjico, se hace constar lo siguiente:

«Franca y perfectamente definida ha sido la actitud de Méjico hacia España».

Méjico ha significado su posición por medio de diversos actos, eminentemente humanitarios, contándose entre ellos la adopción de 500 niños españoles, que han quedado huérfanos con motivo de la guerra.

En relación con este doloroso conflicto, nuestro Gobierno utilizó sus magníficas relaciones con las autoridades legítimas de España, para librar de las consecuencias de la guerra a numerosos mejicanos que se hallaban en aquel país, y para extender su acción humanitaria y de amistosa protección a un gran número de españoles residentes en Méjico o con familiares e intereses en nuestra República. La misma buena disposición del Gobierno de España hizo posible que Méjico pusiera a salvo a más de 800 refugiados en la embajada de Méjico en Madrid, que fueron embarcados de Valencia a Francia.

Recientemente, esta dependencia giró una nota a nuestras misiones diplomáticas en el extranjero, fijando, precisa e inconfundiblemente, nuestra situación frente al conflicto español, excitando la cooperación de los países con los que Méjico cultiva relaciones, para desarrollar una acción conjunta destinada a poner fin a la tragedia española. Simultáneamente, presentó a la Liga de las Naciones una nota con estos puntos de vista, y haciendo notar que la forma y el tiempo en que se ha intentado poner en práctica la política de No Intervención, no ha tenido otra consecuencia que la de restar a España una ayuda que, conforme al Derecho Internacional, el Gobierno legítimo de dicho país podría esperar de aquellos Estados con los que mantiene relaciones diplomáticas normales.

Apelando a sentimientos de humanidad y justicia, Méjico ha hecho notar que la neutralidad internacional debe interpretarse conforme a los principios del Pacto constitutivo de la Sociedad de Naciones, haciéndose extensiva a casos de rebelión militar como el de España, debiendo proporcionarse a los Gobiernos agredidos todo apoyo moral y material, y no facilitar a los grupos agresores elementos destinados a sostener y volver más sangrienta la lucha».

(«El Pueblo».—Valencia, 16-VII-37.)

Cómo trata el Gobierno de la República a los prisioneros de guerra

Entre los muros de este penal que hoy visitamos, se encuentra la mayor parte de los prisioneros de guerra hechos por nuestras heroicas tropas en los frentes de batalla. Poco a poco el número de ellos es tan crecido que hay que ir habilitando nuevos pabellones, nuevas instalaciones para recibirlos.

La República atiende a los prisioneros con una hospitalidad generosa que contrasta con las espantosas crueldades cometidas por los rebeldes con los soldados y oficiales que aprisionan. En nuestra visita al penal, donde se encuentran y en el que hay muchos italianos capturados en las victoriosas acciones guerreras de Guadalajara, la dirección del penal nos ha proporcionado amplios datos sobre el régimen de vida y el trato concedido a estos prisioneros.

—¿En qué forma está repartida la consignación que la República destina a los prisioneros?

—Cada preso recibe diariamente 250 gramos de legumbres secas—garbanzos, judías, lentejas, etc.—200 gramos de carne fresca, o en su defecto en conserva—embutidos—o de pescado en salazón—bacalao—, 50 gramos de aceite, 1/4 litro de vino y para el condimento un diente de ajo, 50 gramos de cebolla, un décimo de lata de tomate y un vigésimo de lata de pimienta; café, o dos onzas de chocolate para el desayuno y dos libretas de pan candeal. Todo de primerísima calidad.

—¿Los prisioneros italianos, comen lo mismo que los españoles?

—Las cantidades y clases de alimentos, es la misma, pero las cocinas del penal están divididas en dos secciones, una formada por siete cocineros españoles y otra por siete italianos. Cada sección condimenta la comida, según el estilo de su país.

—¿Qué régimen de vida siguen los presos?

—Se levantan a las 7 y el aseo dura hasta las 7'30. Baján al patio formados, y allí juegan, reposan o toman sus baños de sol, hasta las 12. A las 12'30 se sirve la comida y a la 1 comienza la siesta, que dura hasta las 3, en invierno, y hasta las 4,

en verano. A esa hora vuelven a bajar al patio, donde permanecen hasta las 7'30, que se sirve la cena.

—¿No se emplea a los prisioneros en ningún trabajo?

—En ninguno.

—¿Hacen todos la misma vida?

—No; los oficiales y clases tienen dormitorios aparte de los soldados y comen en ellos. Tampoco están obligados a bajar al patio. El reglamento para ellos no cuenta más que en lo referente a las horas de comer dormir y levantarse. El resto del día gozan de completa libertad.

—¿Cómo se efectúa la limpieza en el penal?

—Se nombran por turno brigadas de 15 hombres mandados por un sargento.

—¿Hacen vida común los prisioneros italianos y los españoles?

—No. Completamente aparte.

—¿De qué manera se atienden a las necesidades morales de estos hombres?

—«Cultura Popular», ha enviado una nutrida biblioteca de libros italianos para los presos que reciben, además, el periódico «Avanti». Se va a instalar una radio con altavoces para que los presos conozcan las noticias internacionales. También vamos a instalar y está el proyecto muy adelantado, lavaderos mecánicos, un nuevo servicio de duchas y una piscina.

—Se muestran satisfechos los prisioneros del trato que se les concede?

—Satisfechísimos. Los hay que miran con verdadero pesar la probabilidad de abandonar el penal. Todos han mejorado notablemente de salud y los prisioneros italianos se muestran extrañados a veces de «lo bien que se come en España». En el tiempo que llevan aquí no se ha recibido ni una sola queja.

—¿Qué régimen siguen los prisioneros alemanes?

—El mismo que los italianos, con quienes hacen vida común.

Del magno proceso histórico contra los facciosos

(Este informe pertenece a las diligencias sumariales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, están instruyendo todos los fiscales del territorio leal)

El soldado español en el campo faccioso es vejado por las tropas mercenarias

(Relato según la declaración prestada ante el Fiscal del Jurado de Urgencia de Albacete por el testigo presencial Enrique Ibáñez Marín, natural de Almansa y vecino de Sevilla, en donde le sorprendió la sublevación fascista.)

OBLIGADOS A DEFENDER A SUS VERDUGOS

Amontonados en infectos camiones como reses destinadas al sacrificio, iban camino de Cádiz los muchachos reclutados en Sevilla tras una de las órdenes de movilización militar, dictada por las autoridades fascistas.

Tanto Enrique Ibáñez Marín como todos sus compañeros víctimas de la leva realizada por los facciosos, iban malhumorados hacia su destino. Era un hacinamiento de jóvenes hambrientos y sudorosos, a los que se les obligaba a la lucha contra sus hermanos, que en las filas leales ofrecían su vida por la libertad y por la independencia de España.

Cuando en algún alto durante la marcha se veían momentáneamente libres de la odiosa presencia de los oficiales que les intimidaban con su actitud recelosa y agresiva, murmuraban los reclutas su disconformidad con las órdenes que les habían convertido en soldados del ejército fascista. Ellos eran hijos del pueblo, enemigos de la causa facciosa, mucho más desde que en Sevilla habían sido testigos de los numerosos crímenes con que los insurrectos mantenían el terror en la ciudad.

Desde el 18 de julio en que hubo

estallado el movimiento fascista,

hasta el 20 de octubre en que ellos salían de allí en aquellos camiones, la cifra de fusilamientos en Sevilla había alcanzado ya una cifra escalofriante. Más de 20.000 muertos, entre mujeres y hombres tachados como afectos a los partidos del Frente Popular y a las sindicales obreras!

Algunos de los nuevos reclutas comentaban, con reconcentrado acento

iracundo, el asesinato de varios prisioneros cuyos. ¡Y ahora, contra su voluntad, se les llevaba a defender la causa de aquellos foragidos!

INCESANTES TRASLADOS DE FUERZAS MILITARES

Los camiones se detuvieron en Cádiz para recoger nuevos contingentes de jóvenes reclutados en aquella ciudad. El apañamiento humano en

EN ALEMANIA

Católicos y protestantes protestan conjuntamente contra las persecuciones "nazis"

BERLIN, 12. — Se afirma la resistencia de las iglesias cristianas contra las persecuciones hitlerianas. Ayer se organizaron en Alemania significativas manifestaciones que desplegaron, por primera vez, una resistencia común de los católicos y de los protestantes.

Primeramente se leyó en las iglesias católicas de Berlín una carta pastoral protestando en términos enérgicos contra los ataques de la prensa nazi respecto a la religión.

Por otra parte, en Dahlem, parroquia del pastor Niemoeller, que ha sido recientemente detenido por la Gestapo, varios millares de protestantes han asistido al oficio divino. El doctor Libelius ha pronunciado un sermón anunciando que los jefes del frente confesional habían dirigido la semana pasada un mensaje al Gobierno alemán pidiendo a éste

que asegure la paz entre la Iglesia y el Estado.

«Lutero —dice este documento— nos mostró la fuerza de la plegaria; por esto, los jefes de la iglesia invitan a todos los pastores a que no prediquen sino la verdadera fe. Hay que rogar por el Gobierno, a fin de que dé a Dios lo que es de Dios. Y hay que rogar por todos los que están prisioneros...» En la Iglesia de Santa Ana, de Dahlem, el pastor Roehricht habló «del verdadero camino de los cielos». Entre los fieles se encontraba el pastor Baring y algunos otros miembros de la Iglesia confesional que acababan de ser puestos en libertad, después de haber sido detenidos por la Gestapo. En la actualidad, aún quedan 34 miembros de la Iglesia confesional en la cárcel.

Han sido detenidos otros dos pastores confesionales, uno en Prusia y otro en Pomerania.

¿Qué provocación preparan? Aeroplanos italianos "camuflados" como si fueran del Gobierno español

ROMA.—Un informador digno de crédito, asegura que del campo de aviación de Ciampino, cerca de Roma, salió la semana pasada con destino desconocido un potente aeroplano, construido según el modelo adoptado por la aviación gubernamental española, llevando pintados a los lados de la carlinga y encima y debajo de las alas, emblemas que simulan que el avión es español.

los sucios vehículos se hizo más agobiante. Así llegaron a Algeciras, en donde, durante unos días, se les sometió intensamente a todos a la instrucción militar.

Ibáñez Marín fue enrolado en el Regimiento de Pavia número 7, y lanzado a una incesante acción de campaña, siempre en movimiento de un frente a otro, ya que la escasez de tropas obligaba a los mandos facciosos al continuo traslado de las que disponían. Así, en poco tiempo, estuvo aquí en los frentes de Estepona, Córdoba, Villa del Río y Porcuna, sin otras obsesiones las de ese muchacho que la de no hacer blanco cuando en un combate se le obligaba a disparar y la de evadirse de entre aquellas gentes que, por donde pasaban, dejaban un dramático rastro de robos y ferocidades.

LA MAYOR PARTE DE LOS CONTINGENTES MILITARES FACCIOSOS ESTA COMPUESTO POR ALEMANES, MOROS E ITALIANOS

Por si las penalidades de aquella campaña no le hicieran ésta suficientemente odiosa, se unía a ellas el sufrimiento de Ibáñez Marín que, como los otros soldados españoles, había de soportar el mal trato de los contingentes extranjeros. La mayoría de los efectivos militares facciosos estaba constituida por moros, por italianos y alemanes. Esta soldadesca invasora, con heterogéneas características—brutalidad cerril en los moros, sinuosidad cruel en los fascistas italianos, altanería fanfarrona y despótica en los guerreros vendidos de Alemania—despreciaba a los soldados españoles, pobres reclutas arrancados a la fuerza de sus casas, los humillaba frecuentemente, y los trataba siempre con desconfianza hosca, porque sospechaba que aquellos muchachos no sentían la causa del fascismo.

Se daban casos en que, luego de invadir un pueblo y de haber asesinado y saqueado, organizaban los mercenarios extranjeros desenfrenadas orgías, en las que la excitación del alcohol intensificaba su bestialidad. Y el final era casi siempre el de insultar a los soldados españoles, porque éstos no recataban su repugnancia ante aquellos espectáculos en los que se solemnizaban recientes fechorías.

Con frecuencia, los soldados españoles habían de rebelarse contra aquellas vejaciones. Entonces, entre ellos y los extranjeros, se producían reyertas, que eran cortadas por los jefes y oficiales; pero como éstos eran también italianos y alemanes, se ponían invariablemente de parte de sus compatriotas, o imponían castigos a los infortunados muchachos que, por ser de España, eran considerados como de una casta inferior.

LOS PRISIONEROS SON FUSILADOS

Enrique Ibáñez intensificaba de día en día su anhelo de escapar de aquella situación insostenible; él sabía que cualquiera ocasión sería aprovechada por los extranjeros para matarlo, en compañía de otros españoles que se habían permitido afeitar el procedimiento fascista de fusilar a los prisioneros. Esta crueldad se había repetido frecuentemente. Un jefe alemán, orgulloso y sanguinario, decía que el fascismo no tenía por qué mantener a ningún bochevique.

Por fin, un día, varios soldados españoles—Ibáñez Marín entre ellos—pudieron evadirse del campo faccioso y pasaron a las filas leales. Ahora, con todo fervor, luchan en el frente de Granada, en defensa de la República Española.

El odio fascista a la prensa libre

Según comunicó a sus oyentes Radio Requeté, de Bilbao, Franco ha publicado un decreto relativo a los periodistas que trabajan en la Prensa de España republicana.

Esos periodistas, si caen, por su desgracia, en manos de las hordas del Fascio, serán condenados a penas que oscilarán entre tres años de presidio y cadena perpetua.

Pero los que ejerzan o hayan ejercido el cargo de director en periódicos o agencias, sufrirán las penas de muerte. No podrán pedir que les juzguen magistrados civiles. Sus causas dependerán de los Tribunales Marciales. Los Consejos de guerra serán los encargados de condenarles, ora al presidio, bien a ser pasados por las armas.

Ya en noviembre del año pasado, cuando las columnas de Yagüe y Varela avanzaban sobre Madrid y se esperaba de un momento a otro, en el campo faccioso, la ocupación sin lucha de la capital de España, se publicó en los diarios rebeldes una nota oficiosa de un titulado "Comité de incautación de la Prensa madrileña", donde se decía que apenas se hubiera entrado en la heroica villa serían fusilados todos los periodistas que hubiesen formado parte de las redacciones madrileñas después del 19 de julio, y que era necesario ir reuniendo a los que habrían de sustituirlos en todos los rotativos y semanarios ilustrados, pa-

(Continúa en la página siguiente)

Cómo coopera Alemania

Circular confidencial dirigida a los periodistas alemanes que visitan la Exposición de París

PARIS.—La circular confidencial enviada a todos los periodistas alemanes que visitan la Exposición de París, y que informan sobre ella, no es solamente una circular dando instrucciones periodísticas, sino también un manual sobre cómo debe conducirse un buen «nazi» en el extranjero.

Empieza explicando los propósitos desde el punto de vista francés, que son, según ellos:

a) Exaltar la gloria y el prestigio de Francia a los ojos del mundo y servir así la política materialista de Francia.

b) Hacer propaganda marxista y del Frente Popular que gobierna ahora en Francia (la circular fué enviada cuando Blum era aún Gobierno).

c) Mejorar las condiciones económicas del país con la afluencia de extranjeros, pues este mejoramiento económico es esencial para el Gobierno Blum.

La circular continúa con un estudio del posible valor de la Exposición «desde el punto de vista general europeo». ¿Cuál ha de ser el punto de vista que refleje la prensa? La circular prosigue: «No deben olvidarse nunca los peligros que representan el marxismo y el bolchevismo, aunque durante los meses de la Exposición el Frente Popular haya proclamado una «pausa» para «camuflar» la situación en que se encuentra Francia. Por lo tanto, al describir la Exposición y París, es necesario evitar el error general de mostrarse demasiado entusiasmado con ciertas cosas que solo tienen una hermosa fachada. Quien quiera dar una impresión razonable de Francia no debe limitarse a París; quien quiera describir París no debe limitarse a la Exposición y los Campos Eliseos, sino que debe también visitar los suburbios pobres, donde vive la clase trabajadora.

La Exposición tiene tantos matices, que proporciona material bastante para hacer un estudio comparativo y para subrayar lo logrado por Alemania. El pabellón alemán es lo bastante hermoso para ser utilizado como punto de partida para todas las descripciones de la Exposición. Además del pabellón alemán, los pabellones de naciones amigas o hermanas (Portugal, Polonia, Austria, Italia, etc.) deben ser considerados como materia para comparaciones políticas y culturales.»

El párrafo que sigue es mucho más astuto y dice: «Si debemos evitar el entusiasmo excesivo por las cosas extranjeras, debemos tener especial cuidado para no entregarnos a una indebida glorificación propia.»

«La severa restricción y la propia confianza del pueblo alemán, tan lejos de todo lo que signifique «nuevo rico», pero repleto de dignidad sincera, es la mejor explicación que la nueva Alemania puede dar a un mundo tan fuertemente prevenido contra ella.»

A continuación expone el «código de las buenas maneras»:

«La conducta personal de todo alemán que visite la Exposición debe ser guiada por dos principios: restricción y orgullo de ser alemán.»

A continuación, la circular trata de las relaciones franco-alemanas, con respecto a la Exposición:

«Cooperación durante el periodo preparatorio de la Exposición. Pero las futuras relaciones entre ambas naciones solo pueden ser discutidas con vistas a la política extranjera oficial, y no por contactos personales, aunque sean de buena fe. Al escribir sobre las relaciones franco-germánicas no debe olvidarse que aunque estas son deseadas, no dependen exclusivamente de nosotros y que grandes sectores del pueblo francés no pueden todavía juzgar con la misma equidad e imparcialidad que nosotros. Mucho puede adelantarse con una conducta digna y tranquila por nuestra parte, sin demostrar que nos la imponemos.»

A pesar de la importancia de esta Exposición, debe recordarse que debido a la restricción de divisas, solo una pequeña proporción de ciudadanos alemanes podrá visitarla, y por tanto, es innecesario darle demasiada publicidad.»

La circular termina dando la dirección de las oficinas donde puede obtenerse toda clase de información sobre lo expuesto por Alemania, y diciendo que «los periodistas que vayan a la Exposición Universal están obligados, a su llegada a París, a presentarse a cierta persona», cuyo nombre y número de teléfono se dan.

(«The Manchester Guardian».—12-7-37.)

El odio fascista a...

(Continuación)

ra que el público madrileño no careciese de periódicos.

Y parece que acudieron al cuartel general de Leganés, en busca de cargos de redactores y directores, algunos granujillas escritureros provincianos de cuarto orden, que ya habían hecho sus pruebas adulando vergonzosamente, en sus hojas infectas, a la rebelión y a sus caudillos y al fascismo centroeuropeo que mandaba, para auxiliarles, ejércitos de invasión...

Naturalmente, pasaron los días y las semanas y los meses y Madrid siguió defendiéndose y ganando batallas campales.

Si en Madrid, Valencia, Barcelona, Murcia, Cartagena, Albacete, Ciudad Real, Castellón, Almería, Alicante y otras muchas ciudades, y asimismo en poblaciones de menos importancia, se publican muchos diarios donde se defiende a la República y a la ideología antifascista, se denuncia los crímenes de los fasciosos y

de sus protectores de Alemania, Italia y Portugal, se sostiene con oportunos comentarios, el optimismo razonado del pueblo.

Y esos periódicos son redactados por centenares de periodistas que supieron optar, allá en el verano de 1936, y decidirse por la causa que creyeron justa y patriótica.

Sus plumas hacen tanto daño a Franco y consortes como las bombas de nuestros aviones y los fusiles de nuestros soldados. Sus campañas excitan la cólera impotente de los figurones de Burgos y Salamanca. Y los plumíferos que rodean a éstos no cesan de excitarles a la venganza cruel.

Venganza teórica, desde luego. Les fallan los medios. Es verdad que el decreto ha tenido ya aplicación en Bilbao, donde condenaron a presidio a varios periodistas que no pudieron o no quisieron huir, y fusilaron a otro. Pero en el resto de España les va a ser difícil a los rebeldes implantarlo, pese a las jactancias de sus bravoneles de la pluma.

Mussolini e Hitler no han sido neutrales en el conflicto español

«Stampa Libera» de New York, dice que si el Comité de Londres se pone al lado de la justicia, Hitler y Mussolini no declararán la guerra

La «Stampa Libera», de Nueva York, comentando la retirada del Control de Alemania e Italia, escribe así:

«Esta última maniobra de los dos «gansters», no sorprende a nadie. Hitler y Mussolini pertenecen al famoso Comité de Londres desde hace más de seis meses; pero esto no les ha impedido hacer la guerra a España. No vale la pena de repetir lo que todos, sin excluir a los componentes del Comité, saben ya: que «El Gobierno de la República Española no lucha contra un ejército de españoles. Lucha contra los ejércitos que Hitler y Mussolini han proporcionado a un puñado de generales españoles traidores a su patria. Miles y miles de españoles han sido fusilados por los soldados que Hitler y Mussolini han enviado a España. Ciudades enteras, pueblos, tesoros de arte y riquezas sociales de España han sido destruidas por los bárbaros bombardeos de Hitler y Mussolini.

Si esto es así, y se sabe, ¿por qué se extraña la gente ante el hecho de que Hitler y Mussolini destrocen el pacto de la neutralidad? ¿Han sido acaso neutrales en la guerra española?

Que se deshaga de una vez el pacto de la neutralidad; ganará Europa y el mundo entero. Acabará el espectáculo de acoger a los diplomáticos que llevan las carteras de los malhechores, mientras que éstos saquean y destruyen un pueblo cuya única culpa es la de querer permanecer fiel a su República e independiente de cualquier intervención extranjera.

Los encubiertos de Londres, tendrán que quitarse la máscara y revelar su fisonomía. Hasta ahora han actuado como enemigos enmascarados de la República española. Si Hitler y Mussolini dejan de hacer uso del manto de la neutralidad y prefieren continuar abiertamente su obra de saqueo y devastación contra España, el mundo estará en condiciones de saber si el Comité de Londres cierra los ojos ante la evidencia o se coloca resueltamente al lado de la justicia defendiendo al agredido.»

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

El «generalísimo» en la ciudad vacía

¡Victoria!... El «generalísimo» Franco ha entrado en Bilbao. ¡Barcos, grúas, el trasbordador, la ría!... ¡Los Altos Hornos! Y en seguida, la mentira de siempre: el «generalísimo» trabaja catorce horas diarias. El y solo él—de su puño y letra, de su corazón en un puño, de su iletrado cerebro—da las órdenes necesarias para conducir al triunfo la causa fascista. El y solo él—temblando—es quien mandó ametrallar a la población civil que huía de Málaga. El y solo él—impávido—es quien ideó arrancar de cuajo el árbol de Guernica. El y solo él—colérico—fué quien dispuso la retirada estratégica en campos de Guadalajara.

Trabaja catorce horas diarias. Merece la pena—la pena más amarga—insistir sobre ello. Su precursor, Primo de Rivera, también laboraba sin descanso, por el bien de su patria, hasta que caía rendido sobre la alfombra de su despacho. Para evitar tan triste fin, en la España nacionalista se hallan divididos los papeles. Franco es quien trabaja y Queipo el que rueda por la alfombra. Mientras el uno lleva la cuenta exacta de las personas que es necesario fusilar sin previa formación de causa—no hay atajo, en la Justicia tampoco, sin trabajo—, el otro bebe y olvida. Ninguno de los dos da abasto con su papel. El brazo del «generalísimo» se cansa de estampar autógrafos al pie de las sentencias de muerte. A Queipo se le duerme la mano a fuerza de empuñar heroicamente su copa. El cansancio ha concluido por simplificar las tareas respectivas. El «generalísimo» Franco firma con una cruz simbólica y aligera su conciencia. Los compadres de Queipo se hacen cruces viéndole beber. Cruces en las procesiones, en las iglesias, en los pechos de los «ex»—la equis es otra cruz—generales. Cruces por los caminos; en la bandera, la cruz gamada, y en los aires, la hélice en aspa de los trimotores criminales. Tal es el signo de la España tachada, hoscada y dolorida, que soporta las pisadas de los ejércitos, invasores, los cortes—en lo más vivo del tal—del hacha del verdugo, los ayes—entre la vida y la muerte—de los ajusticiados sin culpa.

Pero los fascistas nacen ver como que les sonríe la victoria. Han entrado en Bilbao. Una gran bandera monárquica atraviesa la ría de orilla a orilla. Desfila la tropa infame. El triunfo está allí y, sin embargo—¡claro que rol—, aquello no es el triunfo. El «generalísimo» Franco, a la vista de la capital de Vizcaya, ha sentido la iracundia del que no sabe trabajar. Las fábricas bilbaínas están desiertas, los tornos quietos, las poleas silenciosas, las carneñas sin humo. «El trapejadore síro» de las catorce horas diarias, es incapaz de poner en marcha un taller, de que reanuden su vida las máquinas de que las chimeneas den al viento el humo negro de sus pesares y olviden.

Aquello es imposible. Los obreros del Norte han cortado la correa sin fin de la opresión, el tornillo

sin fin de su miseria, la tortura sin fin de su esclavitud. Nadie perdona ni nadie olvida. Al llamamiento urgente que ha hecho Franco a las masas trabajadoras para poner en marcha la industria metalúrgica vizcaína, no ha acudido un solo obrero que tuviera firme el pulso. Los trabajadores honrados han dejado en abandono, solitaria y silenciosa, su ciudad.

Allí está el triunfo y Franco está triste. Allí está el puerto y Franco no sabe qué hacer con él, cómo ponerlo en movimiento. Allí están las minas y Franco no se atreve a bajar al oscuro fondo de tan obscuro infierno. Los Altos Hornos están apagados. Se apagan las hogueras donde pone su planta redicha el general traidor. Se acaba la vida. Mirando un más allá de la muerte, comienzan las procesiones en la villa de Bilbao. Pero en el Norte una lluvia menuda y tenaz cae sin rogativas, cae por su propia cuenta y a regar su propia cosecha. Ahora es una lluvia sucia que deslúce los brillantes uniformes de los militares fascistas; militares desocupados desde sus infancias mustias, que han entrado en la ciudad deshabitada de los trabajadores de verdad; enanos en el país de los gigantes; miserables en la patria de los héroes.

La victoria se convierte así en tragedia. Atravesado por una bayoneta de la Reichswehr—alguien que no ha podido dominar su ira—, yace un perillito blanco tiznado de carbón. En un frontón vacío, los alemanes fusilan, contra la pared querida de sus botes y rebotes, a un grupo de pelotaris. Cada disparo repite el eco de las boleas de otro tiempo. Sigue lloviendo. Si alguna bala da en el «escás», corre un estremecimiento ácido por el cuerpo del oficial culpable que manda los fusilamientos a tiro raso.

A la tarde, en silencio, los generales lloran su desdicha. Llueve más. Los criminales fascistas sudan hollín. En las calles de Bilbao, los charcos son de sangre.

—«El cinturón de hierro!... ¡Qué equivocación!»—han sido las palabras despectivas del «generalísimo». Las nuestras son estas: No importa. Hemos perdido Bilbao. Y, sin embargo—he aquí el síntoma más elocuente de nuestra pronta victoria final—, no hemos perdido «los rojos», ni un solo instante, lo mejor de lo mejor: la certeza absoluta, empeñada y terca, de ganar la guerra. Eso y algo más les falta a ellos. Sus tropas victoriosas—olvidemos generosamente sus rotundos fracasos—llevan, detrás de sus aviones, de sus carros de asalto, de sus ametralladoras y de sus fusiles, llevan a cuestas, en su desfallecida conciencia, el íntimo y desolador convencimiento de que van a perder, de que ya están perdidos.

DANIEL TAPIA BOLIVAR

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACION.)